

# DESDE LA RIBERA DEL MAR DE LA VIDA ETERNA

ISHIMURE MICHIKO

*Introducción y traducción del japonés*

MICHIKO TANAKA

*El Colegio de México*

ISHIMURE MICHIKO ES UNA POETISA de Minamata, pueblo ubicado en la costa del Mar de Shiranui, en el extremo sudoeste de Japón, conocido en la actualidad por la enfermedad causada por la contaminación industrial del ambiente.

Nació en 1927, en las islas de Amakusa, la región más pobre y marginada del país. A los tres meses de edad fue llevada a Minamata por su abuelo, quien quería probar fortuna en el pueblo donde se había instalado una moderna fábrica de nitrógeno: la Nippon Chisso. A diferencia de la mayoría de la gente que abandonaba Amakusa, su abuelo poseía un pequeño capital pero, al cabo de poco tiempo, lo perdió en una serie de negocios frustrados.

Desde que ella tiene memoria, su familia se dedicaba al oficio de picapedreros, empleando unos cuantos aprendices originarios de Amakusa. Desde muy niña conoció la pobreza y la vida de la gente de los bajos fondos. Cerca de su casa se encontraba un prostíbulo donde trabajaban las muchachas pobres de Amakusa. Ishimure creció recibiendo el afecto de ellas, de los jóvenes aprendices y de otras personas a quienes la suerte había abandonado. Una anciana demente, en otras épocas mujer hermosa a quien su abuelo había amado, encargaba a la niña, exclusivamente, el cuidado de su blanca pero aún abundante cabellera. En este mundo, donde recibió alimento el espíritu de la pequeña, todavía se conservaban las tradiciones populares de antaño y la religiosidad budista, sincrética y animista.

Cuando ingresó a la escuela, Japón ya había iniciado la guerra en el continente asiático. A los 16 años comenzó a trabajar

como maestra suplente invitada, gracias a su excelente desempeño como alumna. Al terminar la "guerra de los quince años", en 1945, renunció al magisterio por considerarse responsable de haber inculcado en los niños el slogan adoptado hacia el final de la guerra, en caso de que Japón perdiera: "la muerte al unísono de cien millones de japoneses".

En 1947 se casó con un maestro y se convirtió en ama de casa. Poco después, comenzó a participar en el grupo literario "Círculo Aldea", donde adquirió sus primeras herramientas como escritora. A través de este grupo se puso en contacto con filósofos y escritores oriundos de la prefectura de Kumamoto, tales como los hermanos Tanigawa (Gan, Ken'ichi y Shuntarō) y Takamura Itsue.

En 1953, al conocerse públicamente el primer caso de la enfermedad de Minamata, su vida se sacudió hasta el fondo, por lo que comenzó a registrar, uno por uno, los testimonios de los pacientes. Desde entonces, las víctimas de esta enfermedad industrial —su existencia, sentimientos y lucha— constituyen el interés principal y el tema de su obra. Poco a poco Minamata llegó a significar para ella, no sólo la desgracia de un pueblo, ocasionada por la contaminación, sino también el espacio simbólico donde el devenir y futuro de la vida humana, y de la civilización, se divisan panorámicamente, constituyendo una seria advertencia para todo el mundo. Ishimure escribió sobre diferentes Minamatas: el de antaño, cuando la gente humilde y trabajadora llevaba una vida modesta pero equilibrada, en armonía con la fecundidad de la tierra y del mar; y el presente, enfermo, sufrido y dividido.

Ella es la poetisa de Minamata no sólo porque se considera a sí misma su *kataribe* (la que guarda y transmite la memoria colectiva) sino también porque puede expresar lo que los enfermos y los deudos de los muertos quieren decir pero no alcanzan a formular completamente.

Ishimure es una especie de *shaman* que, desde su recinto de Minamata, envía sus mensajes a los japoneses y a todos los que cuestionan los principios y valores de la civilización contemporánea. No sólo los demás le han dado su categoría de *shaman* sino que ella misma, conscientemente, ha asumido el papel. En uno de sus primeros libros publicados escribió:

"La mayoría de los pacientes del mal de Minamata han muerto de una muerte trágica o viven una vida torturada, comparable al sufrimiento de Seki, mujer que vivió en la época de la dinastía Han de China, a fines del siglo III a. C., a quien Lo, la madre del emperador, mandó que le cortaran las extremidades, sacaran los ojos, quitaran las orejas, hicieran en mudecer mediante la ingestión de un líquido y encerraran en un excusado hasta su muerte, llamándola «marrana humana». Si la historia es capaz de registrar el personaje de Lo, ¿cómo registrará esta hazaña de la industria moderna que atentó y atenta contra la naturaleza y las vidas de los que habitan nuestra tierra, aunque se trate de un pequeño pueblo marginado? No es suficiente con acusarla de ser una forma de explotación insaciable del capitalismo monopolista. Yo, que considero también un lenguaje de clase el lenguaje ancestral en que se expresan los espíritus de los muertos y de los que aún viven en mi terruño sin encontrar la paz, debo mezclar mi animismo y pre-animismo para convertirme en una bruja que maldiga por la eternidad". (*Kugaijodo*, 1972, p. 65).

La mayoría de los pacientes (y de los muertos) no encuentran las palabras o no quieren hablar de ellos mismos y de su sufrimiento. Ella es quien escucha y transmite las palabras no pronunciadas, declarándose simbólicamente "bruja", la encarnación del rencor y el odio de las víctimas de Minamata que maldicen a la compañía de nitrógeno, representante del capitalismo monopolista ahora transnacionalizado, al trasladar esas industrias contaminantes a Corea del Sur y otros lugares de Asia. Cuando la ley, el contrato, la opinión pública y el buen gusto—es decir, todos los recursos racionales y públicos—estaban en contra de las demandas de las víctimas, como sucedió y, hasta cierto punto, sigue sucediendo, el recurso irracional—la "brujería", en su manifestación literaria adquirió una importancia muy especial para comunicarse con la gente y para luchar contra la fuerza, aparentemente muy superior, de los que apoyaban a la Compañía. Ishimure se convierte así en *shaman*, por su capacidad de interpretar el sentir de las víctimas, vivas y muertas, cuyos espíritus llenan el reducido espacio de Minamata.

Pero en Minamata no sólo habitan los espíritus agonizantes y sufridos, sino también los vigorosos espíritus creativos. Tal vez la deshumanización extrema y la destrucción del medio ambiente provocaron la aparición de la capacidad crítica y la

creatividad. Además de nuestra autora, existen otras personas poseídas por este espíritu creativo. En una breve visita que realicé a Minamata, en el invierno de 1980, conocí a algunos de estos visionarios: una joven dirigente de una nueva cooperativa de producción, distribución y consumo, en la que participan tanto los pacientes de la enfermedad como jóvenes que llegaron de todas partes del país para brindar su apoyo y se quedaron a vivir definitivamente en Minamata; un hombre que promueve las relaciones "interpopulares" entre los pescadores de Minamata que han sido despojados del mar y el gobierno de una república que acaba de constituirse en una de las islas del Océano Pacífico y desea apoyarse financieramente sobre la base independiente de la pesca; en fin, un ingeniero que se transformó en líder nacional del movimiento contra la contaminación ambiental.

Ishimure, en su lucha junto a los enfermos del mal de Minamata, observa, actúa, escribe. En 1978 redactó el texto de una petición a la Suprema Corte de Justicia, donde habla del juicio a Kawamoto Teruo y otros pacientes que habían ocupado pacíficamente la oficina del presidente de la compañía de nitrógeno, en Tokio, pidiendo una compensación y el reconocimiento por parte de la empresa, de su responsabilidad. Este documento constituye, junto con una petición al Tennō (el emperador de Japón) que presentó Tanaka Shōzō en 1901, a raíz de la contaminación por cobre de la mina de Ashio, un valioso testimonio del escaso valor que, en nombre de un progreso basado en la producción y la economía, se le da a la vida humana.

Aparentemente, el movimiento de los pacientes de Minamata triunfó y la compañía tuvo que aceptar su responsabilidad, efectuando el pago de indemnizaciones. Sin embargo, esto no puso fin al sufrimiento, ya que, además de la discriminación y rivalidad entre los propios enfermos, los habitantes de Minamata los siguen marginando, como queriendo borrar lo antes posible la nefasta memoria. Es así como la pluma de Ishimure continúa registrando, de manera implacable, los dramas cotidianos que se suscitan entre los sobrevivientes de la enfermedad.

El discurso literario de esta escritora es muy complejo, especialmente en *Desde la ribera del mar de la vida eterna*, donde hace una mezcla de estilos y géneros. No obstante ello, logra

mantener la tensión y unidad interna, gracias a su ímpetu emocional que, si bien de manera reflexiva y contenida, se hace sentir en sus intervenciones personales, al hilvanar hechos y testimonios. Además, junto a una denuncia decidida de los crímenes cometidos por el capital industrial monopólico, hace patente su conciencia de la transitoriedad de la vida, la vanidad y las tristezas del género humano. Esto agrega una gran riqueza y complejidad a la obra.

Adoptando el punto de vista de los que están más sometidos, los marginados entre los marginados, pone al descubierto, de manera descarnada, la naturaleza humana. La compañía es sólo una manifestación más de la capacidad del hombre de producir el mal, contra sí mismo y contra la ecología, paradoja en que radica la existencia humana. La civilización, que parecía ser portadora del bien, de pronto se manifestó como un agente de destrucción. La utopía de los pescadores marginados por la enfermedad, según la autora, se remonta a un pasado que quizá nunca existió, donde hombre y naturaleza convivían en paz y armonía. Su descripción de las relaciones simbióticas entre los pescadores y otros seres vivientes del mar es la siguiente:

“ La pasábamos muy bien en la lancha. Imagínense lo que sucedía cuando subíamos la vasija para atrapar pulpos. El pulpito nos miraba de reojo, aferrado al fondo de la vasija, y por nada del mundo quería salir. Le decía yo que saliera pues una vez en la lancha debía salir con prisas. De cualquier manera, no quería salir, ni siquiera cuando golpeé varias veces el fondo de la vasija. Ni modo. Habría que sacarlo levantándolo desde abajo, haciendo presión con la agarradera de la red de mano. Una vez fuera de la vasija se deslizó con una rapidez increíble.

Era impresionante ver la velocidad con que corría sin enredar sus ochenta tentáculos. Lo perseguimos agitadamente, hasta casi hacer zozobrar la lancha. Por fin, logramos meterlo a la cesta, pero al echar a andar la embarcación, el pulpito se escapó de repente y se acomodó encima de la tapa. Le decíamos que se metiera, pues una vez en la lancha, ya formaba parte de nosotros. Pero él nos miraba de reojo, como un niño que pide que lo mimen. Los que vivíamos del mar nos encariñábamos con los seres destinados a la cocina. La pasábamos muy bien en aquellos días”. (*Mar sufrido, tierra pura\**, 1972, p. 131-132).

En muchas obras de Ishimure, el mar aparece como la figura materna, aquella que engendra y absuelve todo. La lancha del pescador es como la mecedora en la que juegan, como niños inocentes, el hombre y los seres del mar. Al contaminar las aguas, el hombre blasfemó contra su propio origen, a la vez que maldijo su futuro.

La traducción de la obra que se presenta la realicé con la ayuda de Dolores Yáñez. Fue una tarea difícil ya que la riqueza del lenguaje de Ishimure radica en su manejo cuidadoso de los diferentes tonos y colores del dialecto de Minamata y de los recursos de la tradición oral. Para la elaboración del texto definitivo recibí las valiosas observaciones de Guillermo Quartucci. Sin embargo, cualquier error de traducción debe ser exclusivamente imputado a mí.

Para otros textos de Ishimure en español, puede consultarse la revista FEM (Vol. IV, No. 14, may.-jun. 1980), donde se publicó "Canción de la patria en ruina", también traducido por mí. Próximamente, El Colegio de México publicará "Petición a la Suprema Corte de Justicia", de 1978, dentro del segundo volumen de la colección de documentos *Política y pensamiento político en Japón, 1868-1978*. Sobre la contaminación en Minamata se puede ver el trabajo de Hilda Chen Apuy, "El costo social del rápido crecimiento económico", en *Japón después del milagro*, El Colegio de México, 1982.

---

\* *Kugai jōdo*. Según la secta budista de la Tierra Pura, ésta consiste en un más allá donde no existen ni transmutación ni sufrimiento, y a la que el hombre consigue arribar mediante su devoción a Amida, quien prometió salvar a todos los fieles.

### Desde la ribera del mar de la vida eterna

Siento en mi ser la presencia de la infancia muy lejana.

“Cuando los rayos del sol caen en el monte Yashiro y se reflejan sobre el Mar de Shiranui, el tejado de la Fábrica reluce y el humo cubre el cielo de la villa”.

Eramos nosotros, niños de esa naciente villa, quienes cantábamos esa canción que alababa la fábrica de nitrógeno.

Para la gente el humo sólo era una nube.

El humo ascendía idílicamente sobre la orilla del Mar de Shiranui, el lago de agua salada, iluminado por los rayos del sol al amanecer, que está conectado con el Mar de China Oriental y con el Océano Pacífico.

Cuando el pequeño pueblo ribereño, que había logrado permanecer al margen de la dominación feudal, se encontró con el capitalismo en su período de formación, el humo de la Fábrica pareció confundirse con el sueño de la aldea al amanecer.

Esta era, sin duda alguna, la imagen del capital industrial moderno, con sus raíces hundidas muy profundamente. Sin embargo, el alma virgen del pueblo aledaño se sintió contenta con esa nube o neblina y, aún más, le dedicó la canción. Realmente los aldeanos consideraban a la Fábrica como algo propio, aunque no trabajaran en ella.

No obstante, la que sería llamada “enfermedad de Minamata” no afectó a los empresarios, sino a los habitantes de la aldea, que vivían engañados totalmente con semejante ilusión.

Los aldeanos y un pequeño número de obreros que presenciaron la instalación de la Fábrica, recuerdan que ésta comenzó a funcionar con un toque de campana que anteriormente sólo se usaba en casos de emergencia —incendios, inundaciones o sequía.

En cambio, el tañido de la campana de la Fábrica, que provocaba una vaga inquietud, marcaba el inicio y el término de la jornada de trabajo y su eco atravesaba las pequeñas lomas, los bosques, las cavidades y los declives de los alrededores en donde todavía no se conocía otro sonido que el rechinar de las

carretas que, de vez en cuando, pasaban por la carretera, los mugidos de los bueyes y el repiquetear de la campana del templo:

¡Kan-kan-kaan!  
¡Kan-kan-kaan!  
¡Kan-kan-kaan!

Como era un poblado muy tranquilo, el llamado de la Fábrica era particularmente notable al amanecer.

El anciano Yamamoto, quien acaba de cumplir noventa años de edad, residente en Suitō, Minamata, y ex obrero de la fábrica de nitrógeno, cuenta que al principio, cuando se escuchaba el toque de campana, parecía "como si anunciara un incendio y el corazón le palpitaba agitado mientras se calzaba las sandalias de paja y se ponía en marcha por el declive".

Reflexionando ahora, los hombres que presenciaron los comienzos de la Fábrica tuvieron un presentimiento acertado.

"...Ciertamente ese era un lugar donde moría la gente. Todos los días había heridos. La Fábrica de carbohidratos causaba víctimas como un incendio... Por eso, al regresar de ahí, diariamente, iba a visitar a los heridos... Si no había heridos, había entierros. Verdaderamente, la Fábrica es, desde entonces, el lugar donde se asesinaba a los trabajadores. Y por lo tanto, siempre hacía falta mano de obra. Pero poca gente sentía deseos de solicitar trabajo, ya que el sueldo era inferior al de los jornaleros. Los aldeanos despreciaban y se burlaban de "Esos empleados de la Fábrica que, sin tener qué comer, andan con zapatos rechinantes". Se decía que en las minas de carbón moría la mitad. De cualquier manera, no era posible ganar dinero como campesino. El dinero sólo se ganaba jugándose la vida y no hubo más remedio que ir a trabajar confiando en que uno no iba a morir, sino que quedaría entre la nómina de sobrevivientes".

En relación al período inicial de trabajo, no existe ninguna estadística ni documento de los accidentes, pero la narración del anciano Yamamoto es más elocuente que cualquier estadística o documento, ya que explica las relaciones que se establecieron entre el capital de la industria química, y los obreros y la sociedad local.



En 1978, poco antes del "reconocimiento oficial de la contaminación" y quince años después de que el público conociera la enfermedad de Minamata, las líneas de producción del acetaldehído y el ácido acetílico fueron suspendidas (estos productos ofrecían la evidencia de la enfermedad). Desde el primer momento, entre los obreros que trabajaban esas líneas, comenzaron a registrarse enfermos e incluso muertos a causa de la intoxicación que, se sospechaba, era ocasionada por las diferentes clases de metales pesados. Los obreros enfermos llamaban a los síntomas que acusaban "intoxicación por gas". Por ejemplo, un obrero se desmayó mientras cumplía la orden de limpiar la torre de destilación de alto grado que contenía el líquido-madre de mercurio en la línea de producción del acetaldehído. A partir de este accidente, sus encías se le debilitaron totalmente, y al poco tiempo aparecieron otros síntomas que indicaban que ese trabajador ya era un inválido.

Aunque el anciano Yamamoto describiera a la Fábrica del período inicial "como un incendio", porque ese era un lugar donde la gente moría, los obreros de la cuarta década de Shōwa, que conocían la "intoxicación por gas", la consideraban como un accidente de trabajo inevitable, como una muerte ineludible. Por tal razón, antes de partir al trabajo decían a sus esposas: "Ya sabes que en la Fábrica la muerte le sorprende a uno en cualquier momento, así que hazme llevar siempre la ropa interior limpia".

La fábrica de nitrógeno de Minamata llegó a tener una de las más avanzadas tecnologías de Japón, al convertirse en especialista de la química sintética orgánica del acetileno. Ahí se producían o se utilizaban gases inflamables y explosivos, hidrógeno líquido, acetileno, amoníaco, ácido acetílico-etílico, acetona, monoácido de cloro-vinilo, ácido acetilvinílico, acetaldehído, etc. Estas sustancias provocaron accidentes en repetidas ocasiones a causa de explosiones por inflamación. También se producían y se usaban ácido sulfúrico, ácido nítrico y similares, además de cloro, todos ellos tóxicos.

La Fábrica, con su alto nivel tecnológico, no puso al tanto a los obreros de los peligros de esas líneas de producción, ni a los habitantes de la localidad de la naturaleza tóxica y del índice

de mortalidad ocasionado por los gases y aguas residuales de esos productos.

Cuando la enfermedad de Minamata se extendió y se hizo conocida a través de una *Conclusión del gobierno*, en septiembre de 1968, se eliminaron las líneas de producción, origen de los infortunados sucesos.

El humo se había transformado, ante los ojos de la gente, en parte del paisaje. Pero los habitantes no pudieron ver con la misma claridad las sustancias que se arrojaban al mar, hasta que el doctor Hosokawa, de la clínica anexa a la fábrica de nitrógeno, reveló la existencia de personas que padecían la enfermedad de Minamata.

No obstante, esta revelación constituyó sólo una pequeña parte de lo acontecido. A pesar de que es indispensable efectuar una revisión médica minuciosa anual a toda la población, el poder ejecutivo, tratando de ocultar el hecho, no ordena esa revisión, y este ocultamiento, a la inversa, muestra la gravedad de la situación.

La sustancia que se arrojaba al mar no era únicamente mercurio orgánico: la bahía de Minamata, en el Mar de Shiranui, iba acumulando, con regularidad implacable, diversas sustancias tóxicas en gran cantidad y en múltiples estratos.

Alrededor de 1959, cuando un aspecto de esos incidentes comenzó a llamar la atención, un equipo de estudiosos del Departamento de Medicina de la Universidad de Kumamoto trató de hacer que se reconociera el peligro. Era la época en que se discutían diversas hipótesis: la teoría del seleno, la del talio, la del manganeso. Estas discusiones indicaron que, aparte del mercurio orgánico comprobado, podían existir muchos otros factores.

En cuanto a los estudios ecológicos en el Mar de Shiranui, desde el punto de vista de su contaminación, sólo efectuaron algunas investigaciones básicas sobre epidemiología e higiene pública, los profesores Kitamura e Irukayama, de la Universidad de Kumamoto, y el profesor Yamaguchi, de la Escuela de Medicina de Kurume.

¿Qué surgiría del fondo de este mar? ¿Qué era lo que se ocultaba en su fondo?

Los pescadores se fueron percatando de las anomalías que presentaba el mar.

En el año 14 de Taishō, el sindicato de pescadores demandó a la fábrica de Minamata una reparación por los daños causados a la pesca y logró obtener una compensación de mil quinientos yenes, con la condición de "no volver a entablar nunca otra demanda". En el año 10 de Shōwa, hubo otra demanda por la misma causa. Entonces, entre la compañía y el sindicato de pescadores se llegó a los acuerdos siguientes:

1) Se pagará una compensación de ciento cincuenta y dos mil quinientos yenes para cubrir los daños pasados y futuros ocasionados a la pesca, a perpetuidad, por el desagüe de líquidos residuales de la fábrica, de otros residuos y basura arrojados al sector del mar sobre el cual tiene derechos de pesca el sindicato.

2) El sindicato y sus miembros no volverán a presentar nunca ninguna clase de demanda. En cuanto a los residuos de carbohidratos, se canalizarán hacia el curso antiguo del río Minamata.

3) En el futuro, el sindicato se responsabilizará de hacer respetar este acuerdo a los nuevos miembros que hereden los derechos de pesca.

Con estos acuerdos se concluyó el contrato de compra-venta del Mar de Shiranui para las generaciones futuras. Y en él fue incluido un inciso que establece la renuncia al derecho de quejas, antes de la declaración oficial de la enfermedad de Minamata. El espíritu de este inciso se reiteró en forma más descarada cuando se firmó, a fines de 1959, el contrato de pago consuelo entre la compañía y la Asociación de Ayuda Mutua de los Enfermos de Minamata.

El quinto artículo de este contrato de triste fama establece que aun cuando en un futuro se determinara que la enfermedad de Minamata es causada por las aguas residuales de la Fábrica, no se demandará ninguna compensación.

Este artículo tuvo vigencia hasta 1969, momento en que los pacientes y los deudos de los difuntos iniciaron un juicio. (Para los detalles, véase el libro *La responsabilidad de la empresa en relación con la enfermedad de Minamata*, publicado por la

Asociación para la Denuncia de la Enfermedad de Minamata de Kumamoto).

Este ominoso artículo es la representación exacta (el hijo legítimo) de la legislación moderna japonesa.

No intento comentar a estas alturas el mecanismo por el cual, frente a seres sin recursos para conseguir protección legal, el poder agresor se sitúa en una posición de absoluta ventaja de antemano. La historia abunda en hechos semejantes, incluido el incidente de la mina de cobre de Ashio.<sup>1</sup> Mi intento es poner en claro que todos estos artículos, contratos y proyectos de compensación no lograron engañar ni siquiera a quienes no han hecho estudios sistemáticos, no saben leer ni escribir o no tienen la necesaria capacidad de expresión.

Tanto los objetos que emergían del fondo del Mar de Shiranui, como los que se encontraban sumergidos en él, provocaron deformaciones ecológicas descomunales. Además de los pacientes registrados y los sin registro, entre las víctimas se encontraban los peces, las aves y los gatos, o sea, los seres vivientes que habitaban en el entorno.

Podría hablar del cuerpo saludable y de la vida plena de que disfrutaban anteriormente estos seres, y que ahora han perdido. También del alma de nuestro Mar de Shiranui de antaño, llamada a cobrar nueva vida por el mismo mar, en cuyo fondo se sumergían esos seres.

Los pescadores se clasifican dentro del sector primario y se considera que es el estrato social de menor diferenciación interna. Tales son los hombres que viven de la pesca y que no han sido afectados mayormente por las diferentes formas de civilización, ni por el progreso negativo de la historia humana.

Reflexionando un poco, llegamos a la conclusión de que estos hombres representan la única riqueza que aún posee la hu-

<sup>1</sup> El agua arrojada por la mina de cobre de Ashio, situada en el tramo superior del río Watarase, en la prefectura de Tochigi, contaminó el río, afectando seriamente la producción agrícola y la ecología de la cuenca. La respuesta que el gobierno dio a las repetidas peticiones y demandas de los campesinos perjudicados, liderados por Tanaka Shōzō, fue construir una presa que provocó la desaparición de una de las aldeas más afectadas de la zona. Este incidente se produjo a fines del siglo pasado.

manidad, ya que han vivido como la marea, de manera ininterumpida, junto al mar, que es un mundo viviente. La existencia de esos hombres, unida al mar, prueba que la línea vital de la humanidad todavía está firmemente ligada al mundo animado, al mundo natural.

Ahora, esa línea vital ha comenzado a disolverse lentamente.

¡Qué falta de respeto por la naturaleza y por el dios que la habita el contrato de 1943, firmado por la compañía de nitrógeno y los pescadores! ¡Y sólo para producir materiales sintéticos químico-orgánicos!

¡Sólo para ganar dinero!

Registrado pomposamente, muestra sin embargo, en una simple hoja de papel, la mezquindad de espíritu de la compañía que, con el único fin de ganar dinero, mató con engaños almas inmaculadas que nunca debió tocar. Expuso en el papel, sin ningún escrúpulo, que iba a arrojar veneno a un mar que nunca debió ser violado. Y provocó la aparición, uno tras otro, de seres más viles que el mercader de Venecia.

Esa mezquindad, sin embargo, no se limitó únicamente a las relaciones entre la compañía de nitrógeno y los pescadores de Minamata. "El rápido crecimiento económico" es también producto de una de las tradiciones del país. Mientras tanto, "el código que debe regir al ser humano" entra en decadencia.

Se sabe muy bien que el capital de la industria química de Japón trata de apoderarse de los mares que rodean nuestro archipiélago y aun del Océano Pacífico, provocando el asentamiento de desechos industriales. Si nos lo propusiéramos no sería difícil encontrar contratos similares por medio de los cuales ya se habían violado los derechos de los pescadores. Esto quiere decir, ni más ni menos, que se ha pasado por alto el derecho a la subsistencia de la población local, representado por la pesca, mediante un simple papel.

Si se pudiera hablar de una política de enajenación popular, sería preciso reconocer que existe un pueblo enajenado, como se observó en la "Feria Expo 70". Ese pueblo no es otro que el que, aliado al poder público, le presta un apoyo que le permite acrecentar su crueldad. Las reacciones del gobierno, de la población de Minamata y de la prefectura de Kumamoto, en oca-

sión del incidente de la Fábrica, no fueron más que la demostración real de este fenómeno. Agreguemos que así como el pueblo enajenado contiene en sí mismo esa crueldad, el día de mañana podría ser también la "víctima".

Podemos visualizar nuestro propio ser que proyecta sus actos del presente hacia el futuro, revirtiéndolos. Esta es la reversibilidad de la epopeya que el moribundo Mar de Shiranui nos relata.

"Minamata se hizo famosa ¿no?", me dijo un amigo en Tokio.

Ocurre que la opinión pública comenzó a poner atención en las desgracias de Minamata sólo después que los jóvenes miembros de la *Asociación para denunciar la enfermedad de Minamata*, de Kumamoto, manifestaron frente al Ministerio de Salud Pública, en Tokio, en mayo de 1970, en momentos en que la *Comisión de compensación y arreglo por la enfermedad*, del propio Ministerio, ajustaba la liquidación de la mayoría de los enfermos con la suma máxima de cuatro millones de yenes por víctima. La nación se conmovió, en alguna forma, con los pacientes que, arrastrando su cuerpo casi moribundo, viajaron hasta Tokio y se plantaron sobre el frío y duro piso de concreto, frente al Ministerio. Y Minamata está muy lejos de la capital.

Por falta de dinero y de salud, los enfermos tuvieron que regresar a su pueblo después de tres días de permanecer en Tokio donde tomaron plena conciencia del centralismo de la nación, que no logra ni siquiera captar la atención de la opinión pública, a menos que lleve sus demandas a Tokio.

A partir de ese momento, también en Tokio se organizó la *Asociación para denunciar la enfermedad de Minamata*, así como grupos que realizarían viajes de peregrinación a Minamata, la Meca de *kōgai* (contaminación ambiental).

Las casas de los pacientes, situadas a la orilla del mar, fueron visitadas por actores, periodistas, inspectores y estudiantes procedentes de la capital. El pueblo, hasta entonces marginado, se vio, de repente, muy concurrido. En efecto, Minamata se había hecho famosa, gracias a una enfermedad vergonzosa y extraña que había tardado casi veinte años en darse a conocer públicamente.

Los pacientes de Minamata, famosos repentinamente, fueron marginados aún más en su terruño, precisamente a causa de esa fama.

Como dijo un amigo mío, la enfermedad de Minamata se volvió famosa, pero la situación real de los enfermos siguió siendo la misma; la enfermedad todavía es incurable y psicológicamente los enfermos decaen cada vez más.

Secundando declaraciones de organismos de la ONU y del Presidente de Estados Unidos, nuestro país también va a adoptar medidas "anticontaminación ambiental" como parte de la política nacional. El régimen actual, estable y fuerte, que pagó cuatro millones de yenes por cada víctima enterrada, ahora deja vegetar, medio muertos, a los pacientes congénitos del mal de Minamata entregándoles la cantidad de dos millones setecientos mil yenes a cada uno.

Los enfermos por intoxicación con monóxido de carbono de la mina de Miike, pacientes de "ay, me duele",<sup>2</sup> los envenenados por el aceite Kanemi, que contenía policloro-difenil,<sup>3</sup> de todos estos casos ¿habrá uno solo que traten de salvar con su esfuerzo las instituciones estatales actuales?

El gobierno, con su característico gesto impasible, tuvo el valor de anunciar medidas "anticontaminación ambiental", que seguramente no son más que una "medida" para aplacar la opinión pública nacional.

Narraré la muerte de un paciente. Su nombre, Negashima Tatsujiró, obrero de la fábrica de nitrógeno.

En el verano de 1958, yo y mi hijo estuvimos internados, enfermos de tuberculosis, en el hospital de la ciudad de Minamata. En la azotea del tercer pabellón, asignado a los pacientes de padecimientos raros, advertí por primera vez a un enfermo de aspecto extraño que se paseaba. Usaba anteojos negros y se cubría la nuca, ya deformada, con una tela blanca.

Cuando aparecía en la azotea, las acompañantes de los en-

<sup>2</sup> En 1960 se inició la lucha jurídica contra esta enfermedad, causada por la intoxicación con cadmio que la Compañía Mitsui de Metales arrojaba a las aguas del tramo superior del río Jintsū.

<sup>3</sup> En 1970, en varias prefecturas del Oeste del país, se produjo esta intoxicación que provocó una disputa legal en la que la Compañía de Almacenes Kanemi fue declarada culpable seis años después.

fermos que recogían la ropa tendida desaparecían rápidamente. Él, envuelto en una bata café, caminaba balanceándose a izquierda y derecha, recortándose contra el cielo ligeramente iluminado después de la puesta del sol en el mar.

Aun visto desde lejos, era evidente que ese acentuado balanceo involuntario se debía a la simple necesidad de caminar.

Cuando aparecía, esa figura más grande, deforme y concreta que la de Quasimodo de *Nuestra Señora de París*, causaba una sensación opresora en los espectadores de nuestro pabellón. Avanzaba inclinando todo el cuerpo como si, paso a paso, con sus anchos hombros, lograra apagar la escasa luz que aún delineaba siluetas en la azotea.

Reflexionando, ahora recuerdo que ese fue mi primer encuentro con un afectado por el mal de Minamata. Hasta entonces, todavía no había logrado establecer comunicación con ninguno de ellos, a quienes no les gustaba presentarse en público.

Daba la impresión de que este hombre, en su "paseo", trataba de abarcar todos los rincones de la azotea, precisa y minuciosamente. Esto lo hacía todas las tardes, a la hora del crepúsculo, excepto cuando llovía.

Después supe que su manera de caminar se debía a la típica deformación de la capacidad motora, propia de la enfermedad de Minamata.

También recuerdo que entonces no comprendí por qué usaba anteojos negros a hora tan tardía; ni el por qué de su cabeza calva, que destacaba desde lejos; ni de sus hombros, que parecían sostener el bello cielo veraniego al filo de la noche, como si temiera que fuese a desmoronarse con sus estrellas, junto con la azotea del hospital; ni de su cuerpo, que parecía absorber energía para alimentar la fuerza centrípeta cósmica. No sabía entonces qué ocultaba esa figura que, al parecer, descendía de las alturas.

A este hombre le había caído bañandolo, el líquido-madre del ácido nítrico cuando la fábrica de nitrógeno trabajaba a toda su capacidad de producción debido a la guerra. La Compañía envió un mensajero a su casa:

"Parece que está muerto. No contesta pese a que ya le han gritado varias veces. Tal vez responda si la esposa le habla. Que vaya pronto para llamarlo".



Cuando la mujer llegó al lugar del suceso no reconoció a su marido. Su rostro, muy varonil y hermoso, del que ella se sentía orgullosa en el fondo de su corazón, se había hinchado tanto que parecía un botellón blanco de sake. Donde deberían estar los ojos sólo había dos hendiduras.

“Pero todavía no se ha disuelto”, dijo.

Le habían contado que aun una gota de líquido-madre del ácido nítrico era suficiente para perforar la palma de la mano y disolverla.

“No, todavía no se ha disuelto. Quizá pueda salvarse. Llámaré”, y le gritó. Hubo una respuesta débil.

Todos los presentes comprendieron que aún vivía y estaban seguros de que fue gracias a su esposa.

Sin embargo, es verdad que el líquido-madre del ácido nítrico es “veneno disolvente”.

Los músculos de la cara se desprenden junto con la venda. “La oreja se pegó al hombro. La nariz y los labios se fundieron en uno”.

“Su cara fue operada siete veces: una vez para abrirle los ojos; otra para restablecer los orificios nasales y la boca; una más para separar orejas y hombros; otras veces para esto y lo otro... Después de tantas operaciones ya no se sabía dónde estaban los ojos ni la nariz. Su cara se transformó en otra totalmente desconocida. Cuando fue dado de baja, tuve que conformarme con la nueva cara de mi marido.

De regreso a casa había que tener especial cuidado con los niños vecinos para que el “monstruo” no los asustara, sobre todo al anochecer.

Los parientes que iban a visitarlo se desmayaban. Por otra parte, las visitas significaban problemas de otra índole. Por ejemplo, cuando salió del hospital, debíamos corresponder a los regalos que habíamos recibido, lo que representaba gastos considerables.

¿Acaso pasándole la mano<sup>4</sup> por la cara no recuperaría la anterior?”

Permanecía horas encerrado en un cuarto, se tocaba repeti-

<sup>4</sup> Se refiere a un pase mágico.

das veces la cara con su mano manchada y parpadeaba al mirar su rostro en el espejo, que colocaba entre las piernas cruzadas.

Su cuerpo, que era bastante pesado, caía abatido sobre su mujer cuando se emborrachaba y se ponía a llorar como un niño. Sin embargo, se volvía cada vez más tierno con ella y sus hijos. Ella pensó:

“Como ya murió una vez, seguramente tiene en mayor estima la vida que recobró”.

Pronto dejó de mirarse al espejo. Antes era un hermoso ser que gozaba afeitándose. Se quitó el espejo del baño.

Dejó de trabajar en la Compañía y comenzó a ir diariamente a pescar en alta mar. Cualquier hombre de esas tierras tiene un instinto innato y absoluto en lo que se refiere al mar.

Además, era bibliófilo, afición nada común entre los empleados de la Compañía. Nativo de una aldea de pescadores, era natural que él se dedicara a la pesca con todo su empeño. Como si redescubriera el mundo, vivía dedicado al mar e inventaba diversos instrumentos de pesca, y hasta “consultaba libros”. ¿Quién podría imaginar que de este contacto con el mar saldría víctima, por segunda vez, de la Fábrica? Le insinuaron que quizá se tratara de una epidemia pero él dijo: “No es normal lo que me pasa; ha de ser el efecto del veneno. Siento adormecimiento en manos y piernas, en la boca y en todo el cuerpo. No hay duda de que es ese veneno”.

Un resto de intuición que permanecía intacta lo hacía reflexionar de esa manera.

Acertó. Sin embargo, ello anunciaba el final. Comenzaron a temblarle manos y piernas, y ya no podía hablar. Después, el enorme cuerpo, que se había salvado de ser disuelto por el líquido-madre del ácido nítrico, perdió el equilibrio y ya no pudo caminar. Los ojos, que habían recuperado con la operación, redujeron su campo de mira.

“Querido, como pescaste tantos peces y comiste tantos, ahora a ellos les toca devorarte”, le decía su mujer en broma, mientras le prodigaba sus cuidados. El todavía tenía humor para sonreír en silencio: “Uh”.

“Aunque mi aspecto cause horror, soy hombre gentil. Vuelva cuando guste, le platico todo”, me dijo en su lenguaje tartajeante, enredado e infantil, diez años después que vi por

primera vez su corpachón en la azotea del hospital. Tres meses más tarde, cuando volví a visitarlo para preguntarle acerca del mundo situado entre la vida y la muerte, él ya se encontraba entre los muertos (ya se le había dado el nombre budista).<sup>5</sup> "Mi marido era alto y no me era fácil bañarlo con mis débiles brazos de mujer. Pero cuando murió se hizo más pequeño y ligero, él, que pesaba tanto... Mi viejo fue muerto por la Compañía dos y tres veces. Esta vez ya no resucitó. Murió de verdad, lo devoraron los peces".

El cabello de las muchachas que cae al menor soplo de viento; las uñas que crecen más de la cuenta y se doblan; el sarro que se acumula en las encías de los adolescentes; la regla que no cesa... Esto no es retórica antipoética. Es la vida real de mis enfermos de Minamata, a la vez que una parte de su muerte.

Aquí la muerte no es ni uniforme ni simple. Sólo existen las muertes de los "enfermos famosos de Minamata"; de los "enriquecidos por la misma enfermedad"; de los "enfermos de Minamata empobrecidos"; de los "buenos enfermos" y de los "malos enfermos"; y las de los "enfermos sin registro".

En la falda de las colinas y junto a los arrozales aparecen las rojas "flores de equinoccio". En el mar que se extiende más allá, pasa un barco a motor. Se escucha el ruido de la trilladora. El declive a un lado de la carretera nacional número tres, sobre la ribera del mar, está cubierto por la flor de arrurruz. Por esta carretera va caminando el enfermo, marginado de los pacientes del mismo mal que él padece, y de las organizaciones de apoyo. Camina con el movimiento inarticulado distintivo.

"Mírenlo, bebe demasiado para ser enfermo de Minamata. Van a pensar que los pacientes somos ricos", se comenta.

En casa, el periódico y la televisión informan sobre la enfermedad. Los enfermos de Minamata no pueden sentirse a sus anchas. Tienen que portarse bien y cuidar su apariencia para no parecer muy enfermos. Si hay malos enfermos, hasta los que se portan bien sufren las consecuencias.

"No te juntes con aquellos "pepenadores". Siempre huelen a

<sup>5</sup> Según la costumbre budista japonesa, cada individuo debe recibir un nombre budista al pasar a la otra vida.

bebida. Si te juntas con ellos, dirán que los enfermos de Minamata somos iguales que los borrachos”.

“Mi mujer se empleó como nana con una familia vecina que tiene muchos hijos. Los que recibimos ayuda social, no tenemos dinero para aguardiente, no nos alcanza. Con esta enfermedad me duele todo el cuerpo, hasta los huesos. Me dan ganas de tomar un poco para curarme el dolor. Esto sí me da alivio. Bien, por eso mi mujer se empleó, por dos meses, con un sueldo de tres mil yenes al mes.

No sé decirle quién dio ‘aviso’; puede ser que uno de los mismos enfermos. Alguien dio ‘aviso’ a la oficina municipal y llegó un inspector a decirnos: ‘ustedes tienen otro ingreso aparte de la ayuda social. Tenemos que suspender esa ayuda’ y así lo hicieron.

Gano algún dinero adicional recogiendo hierros viejos abandonados, pero como ve usted, con mi cuerpo enfermo, ni una de diez veces puedo recoger lo que encuentro en el camino. Hay gente sin compasión que denuncia al enfermo de Minamata, lo sé muy bien. Entre los mismos enfermos hay los que se han enriquecido con esta enfermedad extraña y hay los empobrecidos, como yo”.

“Como soy mujer —dice una de las enfermas, quisiera tener alguien con quien platicar.

“¿Será malo decir que realmente quiero tener alguien con quien platicar?

“¿Será malo decir que es con un hombre con quien quiero platicar? Me gustaría que alguien, algún hombre me ayudara.

“Me gustaría vivir. Realmente, realmente.

“Me dirán que debo vivir sola. Es cierto que mi padre y mi madre han muerto. No tengo casa. Pero mi hermana mayor tiene su marido, mi hermano mayor tiene su esposa.

“Una vez me enamoré de verdad de un hombre, pero su madre y la hermana menor decían que una muchacha enferma de un mal extraño no serviría para esposa; además, que se necesitaría mucho dinero para reponer los trastos que rompiera.

“Ya habíamos engendrado un niño pero una semana antes del parto nos separaron.

“Dicen las señoras casadas que voy a las reuniones y mítines

donde hay hombres, porque yo necesito uno, por eso ya no me gustan los mítines. No me gustan para nada, ni las reuniones ni los mítines. Si todos fueran huérfanos, me entenderían muy bien. Si todos se convirtieran en inválidos como yo, comprenderían mejor y más pronto. Hay diferentes enfermos de Minamata. Cada uno piensa que él es el que más sufre. Y puede ser que tengan razón, puesto que nadie puede compartir el sufrimiento ajeno”.

En octubre de 1970, tuvo lugar el quinto juicio público relativo a la enfermedad de Minamata, en la Corte de Justicia de la prefectura de Kumamoto. Pero en vez de que la solución del incidente se produzca, parece que los pacientes repiten sus años de sufrimiento en un orden cronológico inverso.

El principio humanitario que se discute en la Corte, para el sentir de los pacientes, es el de una justicia formal que pertenece al mundo de los términos técnicos, ajenos a ellos. Los medios de comunicación masiva, el periodismo y los movimientos sólo pasan por la superficie de la conciencia de la gente, pero no conmueven su alma ni rozan siquiera la vida auténtica que transcurre junto a la ribera del Mar de la Vida Eterna.